Después la metrópoli azteca fué reducida a escombro, arrasada, destruida al grado de no quedar un templo de pie, ni un palacio, ni un ídolo. Los magníficos dioses, las columnas, los preciosos monolitos se hundieron en el fango de la laguna o formaron los cimientos de las nuevas casas que se levantaron sobre su cuerpo muerto.

La nueva ciudad hace su aparición súbitamente, una urbe que el español se saca de la cabeza. Motolinía, uno de los testigos de esta milagrosa aparición recuerda "que los primeros años andaba más gente (en ella) que en la edificación de Jerusalem". "No se podía andar por las calles a causa de la muchedumbre de indios que las trazaban al mismo tiempo que cantaban. "Y en la [illegible] cuando unos acarreaban las vigas otros [illegible] de los edificios que [illegible] [illegible] y [illegible] al [illegible] [illegible].

La [illegible] de la ciudad [illegible] la orden que privó en el Renacimiento. [illegible] años [illegible] [illegible] la ciudad y su [illegible] a una forma de vida. En el [illegible] el [illegible] de la plaza mayor [illegible] su palacio y su [illegible] el [illegible] de la [illegible]. Allí se [illegible] y se [illegible] y el [illegible].

[illegible]

[illegible]